

Subjetividad femenina e
historiografía chilena:
Una mirada desde
Constanza de Nordenflycht Cortés

ANDREA PARADA

New York State University

CONSTANZA DE NORDENFLYCHT CORTÉS ha adquirido un lugar en la historiografía chilena como la amante de Diego Portales, uno de los más influyentes hombres de estado del país durante la primera mitad de siglo XIX. Mientras Portales es una de las figuras políticas más conocidas para todos los chilenos, la identidad de Nordenflycht ha permanecido en la oscuridad por casi dos siglos. A pesar de haber mantenido una relación con Portales por casi quince años, la más larga en la vida del ministro, Nordenflycht continúa siendo un apellido desconocido en la memoria colectiva chilena.

El triple ministro a cargo de las carteras del Interior, Relaciones Exteriores y Guerra y Marina entre 1830 y 1837, fue un prolífico escritor, y su vida ha sido objeto de múltiples estudios biográficos. Aunque se sabe que Nordenflycht mantuvo correspondencia con Portales, ninguna de sus cartas han llegado a ser publicadas y su presencia discursiva aparece siempre mediatizada por la figura de su único compañero íntimo. La escasa información disponible sobre su vida proviene de las cartas de Diego Portales, así como de algunos textos historiográficos que dedican cierta atención a la vida íntima de Portales.

La indagación analítica del discurso portaliano desde el feminismo, nos parece requisito fundamental para comprender la realidad histórica chilena desde un punto de vista más humano y menos he-

roico. La ciega idolatría, que no está dispuesta a reconocer las facetas imperfectas de sus personajes ilustres, corre el riesgo de imponer un modelo basado en comportamientos y valores divorciados de la realidad. Tal como reconoce la historiadora Sol Serrano, lo preocupante no es explorar la vida privada de los "héroes" nacionales sino "pretender sacralizarlos y suponer que en ellos todo debe ser armonioso, como se pretendió en el siglo XIX." El énfasis en lo público, en "lugares de memoria" simbólicamente destinados a ser recordados a través de generaciones, ha ido dejando espacio a ciertos pormenores de la vida cotidiana que hoy, desde la distancia temporal y la evolución social, ya no parecen intrascendentes. Problematizar el discurso hegemónico del poder desde los discursos no visibles de la vida íntima, desde un ámbito que ofrece al individuo la posibilidad de abandonar las defensas de las que se halla provisto cuando se aventura en el espacio público es, en la actualidad, tal como lo señalan Sagredo y Gazmuri, un área validada en el campo de la historiografía chilena. El estudio sistemático de la vida privada constituye un proceso clave para comprender en conjunto las características esenciales de una cultura y las etapas que ha vivido una sociedad a lo largo de su evolución histórica (Sagredo y Gazmuri, pp. 5-9).

A partir de los valiosos aportes de los estudios de género, este ensayo examina los valores culturales que condicionan la representación de la relación hombre/mujer y los roles sexuales asignados a cada sexo en el discurso portaliano. Si bien la mayoría de los historiadores intenta dilucidar si el tono autoritario del *Epistolario* de Diego Portales responde a su afán de poder y dominación, escasos son quienes han explorado los condicionamientos de género que subyacen a un *ethos* masculino que con frecuencia cae en la misoginia. Como sujeto sin discurso propio, Constanza de Nordenflycht ha ido pasando de pluma en pluma como maleable signo hermenéutico. Tanto en el discurso epistolar del propio ministro como en el discurso historiográfico dedicado a la obra de Portales, es evidente el "patriarcado comunicacional" que otras investigadoras comprueban, en estudios más recientes, que todavía existe en el tejido simbólico que informa el discurso cultural chileno (Grau et. al., p. 31). En ambos casos, a nivel lingüístico emer-

ge una perspectiva cultural que, en asuntos de sexualidad y familia, privilegia el poder masculino y respalda el doble estándar. Tras el razonamiento epistolar de Portales se descubre una política sexual que anula la subjetividad femenina, hasta el punto de convertir a la mujer en objeto poseído, usado y descartado. La historiografía, por su parte, se adscribe a modelos culturales tradicionales que excluyen al sujeto femenino del diálogo participatorio y lo confinan a un espacio de dependencia y marginación.

Hace ya bastante tiempo, Bradford Burns propuso que la historiografía latinoamericana del siglo XIX reflejaba, principalmente, los intereses y valores de una clase social privilegiada. Así, por ejemplo, en cuanto al debate sobre intereses criollos e indios, el historiador afirma que la mayoría de los textos de dicho periodo, tanto conservadores como liberales, usan la documentación disponible a favor de una interpretación conformista de los hechos, interpretación que invariablemente privilegia los intereses de la élite sobre aquellos de la mayoría indígena (pp. 423-5). Estas conclusiones son consistentes con la propuesta más reciente del historiador Alfredo Jocelyn-Holt en cuanto al funcionamiento de la sociedad chilena del XIX: "El perfil del país durante toda la centuria fue la persistencia del orden social y con ello el predominio de la élite tradicional... Diferencias ideológicas podrían darse, pero no en niveles que pudiesen poner en peligro a la élite misma" (pp. 26-7).

Si bien ni Burns ni Jocelyn-Holt discuten asuntos de género, nos parece apropiado extrapolar la naturaleza de sus conclusiones al ámbito de los roles sexuales. A partir de una amplia selección de textos clásicos, postulamos que la historiografía portaliana se aproxima a la historia chilena a partir de las mismas premisas de género patriarcales que prevalecían en las esferas sociales más privilegiadas de la sociedad durante la época de Portales. Esta propuesta se extiende desde textos del siglo XIX hasta publicaciones más recientes, en las cuales todavía distinguimos marcos ideológicos similares a los del siglo anterior. El signo "mujer" opera, a través de los diferentes periodos, como pantalla de proyección del doble estándar sexual que condiciona las nociones de género que han permeado las capas hegemónicas de la sociedad chi-

lena por siglos. A pesar de las reformulaciones teóricas que han obligado a los historiadores a revisar los alcances y las limitaciones de su disciplina, la mujer permanece sistemáticamente posicionada en un espacio sociocultural marginal, constreñida a la imagen de objeto sexual del hombre. A pesar de que el corpus portaliano representa tanto propuestas conservadoras como liberales, la historiografía oficial acusa una gran heterogeneidad en cuanto a la falta de reflexión sobre las desigualdades de género y la naturaleza contradictoria de los discursos público y privado del ministro.¹ Excepto unas pocas excepciones, la mayoría de los autores no explora las repercusiones del amancebamiento de Diego Portales con una niña menor de edad, su rechazo a legalizar su relación con ella en vida, a pesar de sus promesas de matrimonio, las consecuencias legales y sociales de la ilegitimidad, tanto en la madre como en los tres hijos naturales que concibió con Nordenflycht, ni el incumplimiento de sus responsabilidades paternas.

La información biográfica más completa sobre Constanza de Nordenflycht Cortés proviene del estudio genealógico *Los de Nordenflycht. Ensayo de genealogía descriptiva* (1986) de Manuel Torres, libro que responde a la voluntad del autor de sacar de la penumbra a quien fuera la compañera más estable de Diego Portales y la madre de los tres hijos habidos entre ambos. Concebido por el autor como instrumento auxiliar de la historiografía, su libro recoge “testimonios de una trayectoria no poco intrincada, peregrina y dramática” recopilados a partir de una variedad de fuentes nacionales y extranjeras (p. 10).²

Según la evidencia de Torres, Constanza de Nordenflycht Cortés

1 Entendemos por historiografía oficial, haciendo eco de la definición de Olga Grau y su grupo de investigadoras, los textos sobre la historia chilena que circulan en lugares institucionales del poder convencional: organismos de gobierno y otros aparatos de Estado, colegios, universidades y demás instituciones educativas (p. 34).

2 Entre éstas, Torres incluye documentos del Archivo Nacional y el Archivo Histórico Nacional de Chile, el Archivo Nacional de Guerra, el Archivo General de la Nación y el Archivo General de Indias de Lima, el Archivo Arzobispal de Lima, el Libro de matrimonios de la Parroquia del Sagrario de Lima, el Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, la Staatsbibliothek de Baviera en Munich y el Archivo de Nordrhein-Westfalen en Detmold.

fue la hija menor del matrimonio entre Timoteo de Nordenflycht y María Josefa Cortés de Azúa. Todas las fuentes legales concuerdan en que los padres de Timoteo de Nordenflycht fueron el sueco Anders de Nordenflycht y la alemana Friederike Juliane Auerbach.³ Nacido el 4 de septiembre de 1752 en Enguren, localidad cercana a la ciudad de Mitau, Curlandia, y bautizado como Fürchtegott Leberecht, *Temé a Dios* y *Vive Bien* respectivamente, el joven renuncia a sus nombres germánicos y elige llamarse Timoteo. Torres ensaya aquí una interpretación onomástica y propone que los nombres alemanes “parecen indicios de un ambiente doméstico muy religioso; tal vez bajo la influencia del pietismo que en esa época se propagaba por Alemania, con su foco en Halle, cerca del hogar de la familia Auerbach” (p. 42). El padre de Timoteo enviuda en 1760 y dos años más tarde regresa a Sajonia con sus hijos. En la tierra natal de su madre, el pequeño de 10 años empieza su educación formal.⁴ Entusiasmado por la oferta de Fausto de Elhuyar, Director de Minas de la Nueva España, Timoteo de Nordenflycht acepta el puesto de jefe de la expedición mineralógica española a América. Después de un penoso viaje, entra en Lima en diciembre de 1790, a la edad de 38 años (Torres, p. 55).

María Josefa Cortés de Azúa nace en Santiago en 1774, en una pro-

3 La rama sueca del linaje se habría extinguido en enero de 1830, a los doscientos años de su primera aparición, tras la muerte del soltero Carl Adolf de Nordenflycht Petraea. Con el traslado de Anders, hermano de Carl Adolf, a Alemania en 1740, luego de su fracaso económico, se inicia el nuevo linaje de la familia de Nordenflycht. En Sajonia, el viudo Anders contrae matrimonio con la alemana Friederike Juliane Auerbach y empieza a ser conocido por la versión alemana de su nombre: Andreas. La pareja luego se establece en el Ducado de Curlandia, actualmente parte de Latvia, donde Andreas ocupa el cargo de director general de minas y recibe el título nobiliario de barón. De acuerdo a las numerosas fuentes consultadas por Torres Marín, entre ellas una comunicación directa con funcionarios del Departamento central de Archivos de la URSS, el matrimonio de Nordenflycht Auerbach tuvo nueve hijos, seis varones y tres hembras, entre los cuales se encontraba Timoteo.

4 Aunque no se conocen los pormenores de sus estudios primarios, se sabe que Timoteo de Nordenflycht se matriculó en la prestigiosa Academia de Freiberg en 1778, donde se cree estudió mineralogía, ya que más tarde llegaría a ser Director de Minas en el distrito polaco de Cracovia.

minente familia chilena. Su padre fue Ramón Cortés y Madariaga y su madre Paula de Azúa y Marín de Poveda.⁵ Tras la prematura muerte de la madre, los cinco hijos del matrimonio Cortés de Azúa se dispersan entre diferentes familiares para evitar la tutela de un padre alcohólico y abusivo. Mientras los tres mayores quedan a cargo de la abuela materna, los dos menores, María Josefa y su hermano José Eugenio, viajan a Perú donde viven bajo la protección de su tía María Rita de Azúa y Marín de Poveda y su esposo, el español Pedro Dionisio de Gálvez, quien había sido trasladado a Lima como contador mayor del Tribunal de Cuentas.

A los seis años de establecerse en Lima, y después de haberse convertido a la religión católica, el minerólogo europeo contrae matrimonio con la ciudadana chilena María Josefa Cortés y Azúa, el 4 de diciembre de 1896, en la iglesia parroquial de Santa Ana de Lima.⁶ Timoteo de Nordenflycht Auerbach y María Josefa Cortés de Azúa tuvieron cuatro hijos: Pedro Nolasco, Francisca de Paula, Dionisio Eugenio y María Constanza, nacida el 23 de octubre de 1805, según el libro de bautismos de la parroquia Santa Ana de Lima. Tras la muerte de Timoteo de Nordenflycht en España—en una fecha imprecisa entre noviembre de 1815 y julio de 1816—la pequeña Constanza viaja desde Perú a Chile en 1818, acompañando a su tía abuela, la viuda Rita de Azúa y Marín de Poveda. Una vez allí, ambas fijan residencia en la casa santiaguina de la hermana de doña Rita y actual marquesa de la Cañada Hermosa: Ana Josefa de Azúa y Marín de Poveda. La niña no se reencuentra con su madre hasta 1820, cuando la viuda decide regresar a su patria desde Lima.

De acuerdo a Torres, Diego Portales conoce a Constanza de Nordenflycht después de haber regresado desde Perú a Chile, en 1822, durante una de las numerosas visitas que el político hiciera a la casa de sus amigas, las hermanas de Azúa y Marín de Poveda, en Santiago. El 4 de

5 Su abuela materna, María Constanza Marín de Poveda, "tercera marquesa de Cañada Hermosa" era nieta de "Tomás Marín de Poveda, que fue capitán general de Chile y primer marqués de ese título... A su abuelo materno, Tomás de Azúa e Iturgoyen "se debe en gran parte la fundación de la Universidad de San Felipe y la Casa de Moneda en Santiago" (Torres, p. 63).

6 Según constancia del libro parroquial.

septiembre de 1824, la joven da a luz a una niña “bautizada en la iglesia de San Isidro en Santiago con el nombre de Rosalía de los Dolores” e inscrita como “hija de Diego Portales y de doña C.N., solteros bajo palabra de matrimonio.” El 7 de febrero de 1826 viene al mundo un segundo hijo, Ricardo, inscrito en la parroquia de San Lázaro en Santiago como “hijo natural de don Diego Portales y de doña A.T.” (Torres, p. 85). El 28 de agosto de 1833 nace el tercer hijo, “que con los nombres de Juan Santiago quedó inscrito en la parroquia de Valparaíso” (Torres 86). Tras la muerte de Diego Portales Palazuelos el 2 de junio y Constanza de Nordenflycht Cortés el 23 de julio de 1837, el 31 de agosto de ese mismo año el Presidente José Joaquín Prieto, en gratitud a la labor realizada por Portales, emite un rescripto de legitimación de los tres hijos de la pareja, en el cual los habilita, además, a “obtener cualesquiera empleos, honores y dignidades y entren en el goce de todas las facultades testamentarias y *ab-intestato* que pudieran corresponderles como nacidos de legítima unión” (Torres, p. 123).

El epistolario de Diego Portales se inicia con una carta dirigida a su “amado padre”—escrita en una fecha imprecisa en el año 1821—en la cual expresa su dolor a raíz de la muerte de su esposa, su prima Josefa Portales Larraín. Confiesa allí: “la ausencia de Chepita no ha hecho más que aumentar la pena que me aflige. Tengo el alma destrozada, no he encontrado sino en la religión el consuelo que mi corazón necesita,” y declara que se va a dedicar a “las prácticas devotas, vistiéndolo hábito de algún convento” y que nunca volverá “a contraer esponsales por el dolor constante que siempre me causará el recuerdo de mi santa mujer, por la comparación de una dicha tan pura como fue la mía, con otra que no sea la misma” (*Epistolario* 1, p.1). A pesar de la evidencia contradictoria, esta carta ha sido transformada por los historiadores en emblema de la singular fidelidad póstuma del estadista hacia su esposa. Su breve y único matrimonio de apenas dos años es, en el discurso historiográfico, modelo de una relación ejemplar entre dos seres que se aman y se respetan mutuamente.

Menos de un año después de dejar estampada en papel su aflicción, Portales le cuenta a su socio José Manuel Cea, desde Lima, que sus *calaveradas* lo han llevado a meterse en un fastidioso lío amoroso. Una

de sus amantes, la señorita Z., lo acusa de ser el padre del hijo que carga, responsabilidad que se sacará de encima legalmente alegando la dudosa reputación de su consorte. El 6 de diciembre de 1822, el asunto ya ha sido resuelto y Portales está listo para dejar la "tierra maldita" peruana y embarcarse rumbo a Chile: "Nos retiramos de la tierra del oro más pobres que cuando salimos de la tierra de la miseria" escribe a su socio, "dejamos, en cambio, hijos y amores" (1, p. 26).

No es sino hasta diez años más tarde que el ministro incorpora a Constanza de Nordenflycht en sus cartas. Para esta fecha ya lleva siete años de amancebamiento y ha concebido dos hijos con ella: Rosalía, de siete, y Ricardo, de cinco. El asunto que le preocupa es la situación económica de sus hijos, llegando incluso a tratar de "hacer menos desgraciados a los inocentes frutos de mi indiscreción y juventudes casándome con la madre en artículo de muerte [...] pero con la precisa calidad de que la enferma no dé ya, si es posible, señales de vida" (1, p. 268). Al salvarse la enferma, Portales trata de alivianar las obligaciones financieras que representan sus hijos haciendo que Nordenflycht reclame cierta herencia familiar que le corresponde. Para llevar a cabo su plan, le ordena a su secretario personal: "averigüe las manos en que ha caído la estúpida y demente vieja puta de doña Ana Josefa Azúa" (2, p. 562). "Como consiga que la vieja la halague [a Constanza] un poco, la embodegamos en la casa; si la vieja le da algo, bueno; y si no, bueno también" (2, p. 576).

Es precisamente a raíz de esta carta del 18 de noviembre de 1834, que Guillermo Feliú, uno de los editores de la primera edición del *Epistolario* de Portales, se siente obligado a insertar una extensa nota a pie de página y contextualizar las ya numerosas referencias del estadista a una tal "C." Trayendo al escenario histórico chileno a la mujer que Portales ha relegado a los márgenes de su vida privada, Feliú explica que la mujer a quien Portales describe de forma muy poco halagadora fue, en realidad, una bella y joven aristócrata. Basándose en "una miniatura de su tiempo, pintada en marfil," Feliú afirma que Nordenflycht era una mujer hermosa y "galante de los días del Directorio," cuya compañía "no habría desmerecido a un grupo en que figurasen Paulina y Josefina, las damas que dieran tono a los salones cortesanos de

la Francia democrática y republicana en camino entonces al Imperio" (3, pp. 355-6). Al asociar a Nordenflycht con el movimiento político postrevolucionario, Feliú la posiciona lejos de tradiciones coloniales y la vincula a una identidad europea más progresista que la americana. Esta *otredad* de cultura superior que percibe el historiador en la identidad femenina, no logrará expresarse a sus anchas en la conservadora atmósfera chilena. Condenada a vivir en un ambiente religioso represivo, Nordenflycht vería limitadas "las delicadezas paganas de su espíritu" viéndose obligada a "contener sus impulsos de mujer emancipada de prejuicios" (3, p. 356).

La lectura de Constanza Nordenflycht que ensaya Feliú—un siglo después de su muerte y a partir una interpretación pictórica—abunda en sentimientos ambivalentes que coinciden con la simultánea atracción y repulsión que, según Julia Kristeva, los extranjeros han generado a través de la historia (p. 96). "Vehemente y apasionada, sensual en la expresión de su ternura, altiva, terca y displicente a veces, tesonera para aprisionar y hacerse apreciar del hombre a que había dado su corazón sin una sombra de reserva, dulce en las horas de reposo y de quietud, punzante y enardecida cuando Portales la esquivaba..." (Feliú 3, p. 356). El rostro de Nordenflycht funciona, para el historiador, como una invitación a emprender un viaje inaccesible e irritante, haciendo sentir que existe una felicidad especial, quizás algo insolente en la extranjera (Kristeva, p. 4): "Una miniatura... representa a la joven, en esa edad en que la mujer exhala el encanto físico como una promesa de seducción y de amor" (Feliú 3, p. 355).

A la hora de determinar sus ancestros, Feliú recurre a los dos sistemas legales usados tradicionalmente para definir quién es un extranjero: *jus soli* y *jus sanguinis*, la ley de acuerdo al suelo y la ley de acuerdo a la sangre (Kristeva, p. 95). La hija del "Barón Timoteo de Nordenflycht, polaco, [...] y doña Josefa Cortés y Azúa, dama de la más rancia aristocracia colonial limeña," informa el historiador, nació en Perú y se vino a Santiago, entre los 14 ó 15 años, a vivir con una tía abuela (Feliú 3, p. 356).

En contraste con el ambiente familiar religioso que destaca Torres en la familia de los abuelos de Constanza de Nordenflycht, Feliú ima-

gina una filiación pagana que la impulsa a expresar sus sentimientos sin sujeciones de ninguna especie. Esta emancipación social debida a su herencia europea, así como la naturaleza de su fe, exaltan una soberanía nacional que excluye a Nordenflycht del seno de la ciudad espiritual construida en torno a la severa moralidad católica por la cual se rige la aristocracia colonial americana. Para Feliú, Nordenflycht vendría a ser, “con el andar del tiempo, una burguesita germánica, amadora del placer y del amor, sin escrúpulos ni mojigaterías cristianas, sin el absurdo concepto moral de que la relación sincera de un hombre con una mujer es un pecado que lisa el afecto de dos almas” (3, p. 356). Intentando mitigar el lado ignominioso de la personalidad de Nordenflycht, el historiador recurre al clásico modelo antitético de lo femenino y la desplaza, desde la esfera erótica, hacia un espacio doméstico más acorde con su elevado estatus social y su nueva condición. Las responsabilidades dictadas por la maternidad tienen, para Feliú, el poder de moderar la pasión que desborda a Nordenflycht en su juventud y hacer que triunfe la “fuerte noción del deber que le impone la nueva circunstancia de su estado” (3, p. 356).

La discrepancia entre el perfil biográfico de Feliú y el recopilado por Torres, priva a Nordenflycht del estatus legal que le corresponde de acuerdo a su relación sanguínea con una madre que pertenece a la aristocracia chilena. Al borrar los lazos con Chile, en favor de una identidad exclusivamente polaco-peruana, Feliú expulsa a Nordenflycht de la comunidad chilena, recalando que ella no es *uno de ellos*. Destaca, en su lugar, su pertenencia a otra tierra y su fidelidad a otro dios, factores que la llevan a ser percibida de forma reticente en el interior de la nación adoptiva. Después de expresar cierta empatía por la mujer de “espléndida hermosura” que “falleció de amor y de dolor al saber la muerte de la ternura de su corazón,” Feliú concluye su nota afirmando que Constanza fue digna del amor de don Diego “y por él sufrió las penas y amarguras de un alma egoísta que no se conforma sin la presencia material del ser querido” (3, p. 357). En respuesta al comentario de Portales de que lo que más le “pica, y lo que la trae siempre más asareada” a Constanza “es el que se piense que yo la desprecio por el ningún interés que puede inspirar su físico,” Feliú añade una segunda nota a la mis-

ma carta. Retomando su definición de una subjetividad que emana en exclusiva de lo sexual, y en aparente contradicción con declaraciones previas sobre el deleite que genera el cuerpo femenino, el historiador ensaya el siguiente diagnóstico expiatorio: "Las enfermedades, el erotismo sin continencia, los sufrimientos morales... concluyeron, antes de mucho, con el físico encantador de Constanza" (3, p. 360).

El ensayo biográfico de Feliú coincide en gran medida con la propuesta del historiador Francisco Encina, incluida por Ernesto de la Cruz y Guillermo Feliú en el primer tomo del *Epistolario*.⁷ En cuanto a los ancestros de Constanza de Nordenflycht, Encina también resalta su extranjería y omite tanto la nacionalidad chilena de su madre como su larga estadía en Chile: "hija del sabio prusiano y consejero de rey de Sajonia y de Josefa Cortés y Azúa, dama de la más alta aristocracia colonial" (1, p. 108). La incapacidad de Diego Portales para mantener una relación estable con la madre de sus hijos, así como su ferviente rechazo a volver a casarse luego de enviudar son, según Encina, la respuesta psicológica del ministro a una jugarreta del destino que le arrebató "la mujer que amó con la pasión de un místico y el ardor de un sensual" (1, p. 108). A diferencia de Chepita, encarnación viviente del ideal femenino, Constanza Nordenflycht es representada como una mujer determinada a manifestar sus deseos sexuales, sin reparar en las convenciones de género de su época: "siendo joven, huérfana y soltera, conoció a Portales en Lima. Concibió por él una violenta pasión, lo siguió a Chile y tuvo de él tres hijos" (1, p. 109).⁸ La evidencia dispo-

7 Ver el ensayo "Portales. Bosquejo Psicológico," incluido en el primer tomo de Feliú.

8 Importa señalar aquí la discrepancia entre dos versiones, casi idénticas, del ensayo de Encina y aventurar una interpretación desde los estudios de género. El ensayo del *Epistolario* había sido previamente publicado en 1834, como el capítulo V del libro *Portales. Introducción a la época de Diego Portales* de Encina. Además de la insignificante diferencia de títulos—"Portales. Bosquejo psicológico de su personalidad" para el capítulo V, y la forma abreviada "Portales. Bosquejo psicológico" para el *Epistolario*, en la versión original Encina no menciona dónde se conocieron Nordenflycht y Portales, ni que ella lo siguió a Chile: "siendo joven, huérfana y soltera (1), concibió por él una violenta pasión, y tuvo de él tres hijos." A pie de página, Encina incluye en su libro la siguiente nota: "(1) Al fallecimiento de sus padres en Lima habría sido enviada a Chile donde residía su familia materna" (1,

nible contradice, sin embargo, varios aspectos de esta propuesta historiográfica. Según el mismo Portales dice en su correspondencia, para el 6 de diciembre de 1822 ya estaba a punto de regresar a Chile desde Perú. Gustavo Opazo y Manuel Balbontín afirman, en su libro *Constanza Nordenflycht en la vida de Diego Portales* (1964), que la compañera de Portales llegó a Chile en 1818, en compañía de su tía abuela, doña Rita de Azúa. Este evento queda respaldado por una donación de la señora a la niña, registrada en una "escritura pública ante el escribano Agustín Díaz, el 17 de octubre de 1818" y firmada por ambas mujeres en Santiago.⁹ Es decir, durante la estadía de Portales en Perú, la joven ya había establecido residencia en Chile. Según los datos recopilados por Torres, Encina también se equivoca en cuanto a la total orfandad de Nordenflycht antes de viajar a Chile. Mientras su padre habría muerto en Madrid entre finales de 1815 y mediados de 1816, la madre de Nordenflycht fallece, en Santiago de Chile, el 17 de julio de 1823 (p. 83).

En la interpretación psicodinámica de Encina, la viudez prematura de Portales deviene evento traumático que marca de forma permanente el desarrollo emocional del ministro. La muerte de la mujer amada gatilla un *splitting* psicológico que se manifiesta en la incapacidad del ministro para trascender modelos dicotómicos en donde lo femenino deviene exclusivo complemento de un sujeto masculino naturalizado como Totalidad (Guerra, pp. 39-40).¹⁰

[Para Portales], la mujer se ha dividido para siempre en dos categorías profundamente separadas. La amiga, la mujer joven o vieja, fea o bonita que le admira y que espontáneamente busca, como enredadera, el apoyo de su virilidad. Es la mujer a la cual jamás deseará, es la amiga casta, no por virtud, sino por distancia sexual... No hay huellas de que siquiera en la imaginación sintiera el deseo de poseerlas. No es el respeto a la situación social; es una repulsión sexual determinada por su estructura afectiva. Es la mujer que por

p. 130).

9 En el facsímil del documento que aparece en el apéndice del libro se leen claramente las firmas de las dos mujeres, así como el lugar donde se pactó tal acuerdo: "En la ciudad de Santiago de Chile..."

posición social, por educación y por delicadeza afectiva le recuerda, sin sustituirla, a su propia mujer, al ideal que, al troncarse, cegó para siempre las fuentes espirituales del amor... La otra, la forma la mujer de placer, la hembra, la que sin recordarle al ideal perdido incita su sensualidad. A ésta nada le da, pero tampoco nada le pide. No importa de donde venga ni a donde vaya. Sólo le exige los atractivos físicos que incitan su sexualidad. (Encina, 1, pp. 113-4)

En virtud de la falta de documentación que permita respaldar la versión de que Nordenflycht viajara a Chile persiguiendo una aventura romántica con un hombre mayor, cabe aquí una especulación sobre la ideología que subyace al discurso historiográfico de Encina. El retrato de Nordenflycht como responsable del rompimiento del voto de castidad que había hecho Portales al enviudar se cimienta sobre una propuesta del signo mujer que, según el estudio de Lucía Guerra, es típica de sistemas culturales falogocéntricos, construidos a partir de un imaginario masculino proclive a las oposiciones binarias. La conceptualización de un modelo de lo femenino trazado en función de los atributos de la Virgen María—paradigma de la mujer asexuada, objeto de veneración—y Eva—objeto del deseo—“constituyen la utilización de lo Otro femenino para reafirmar lo creado como propio, en un diseño de figuras contrapuestas que simultáneamente plasman, a nivel ético y social, los modelos del Deber Ser y el No-Deber Ser para la mujer como ente histórico, social y ontológico” (p. 51). Para Encina, la amiga casta es un servil espíritu del ego de Portales, mientras que el segundo tipo deviene absoluta fuerza genésica de lo erótico. Desposeída de las variables mitigantes del deseo del ministro—la clase social, la educación y la sensibilidad—el cuerpo de la *hembra* es una mera herramienta para satisfacer los impulsos sexuales masculinos. En el modelo antitético de Encina, la negativa de Portales a casarse con Nordenflycht tras tener tres hijos con ella, es reformulada positivamente como expresión de la fidelidad póstuma del ministro a su esposa, sentimiento que lo fuerza a no “conceder a la madre el lugar que había ocupado el único amor de su vida” (1, p.111). Las “asperezas que han creído divisar algunos escritores” en la manera en que Portales trata a Constanza de Nor-

denflycht, explica el historiador, “proviene de un alcance de nombres y se refieren a otra persona de la misma familia” (I, p.112).

La propuesta historiográfica de Opazo y Balbontín mencionada anteriormente, merece una consideración más extensa a la luz de los estudios de género.¹⁰ Después de desenterrar de su árbol genealógico ancestros nobles que se remontan a tiempos de la conquista—los Conquistadores Hernán Cortés, Marqués del Valle de Oaxaca, y el Marqués Francisco Pizarro—, este libro vuelve a usar a Nordenflycht como signo semiótico de lo sexual. A partir de un dibujo que parece ser la misma estampa de Nordenflycht que usó Feliú, los autores notan una “boca menuda de labios rodeados de líneas graciosas que dan la impresión de haber sido hechos no para una simple súplica de amor, sino para su dominio completo” (Opazo y Balbontín, p. 5). Sin embargo, mediante la interrogación retórica que sigue—“¿Es acaso delito amar como ella lo hizo, con la más grande de las pasiones, que sólo vino a sellar la muerte?”—los autores proceden a disputar la erotización de la identidad femenina propuesta por Feliú.

En contraste con discursos previos, Opazo y Balbontín recuperan del pasado de Nordenflycht, no una conducta germánica, pagana y liberal, sino una herencia colonial aristocrática, una crianza estrictamente religiosa y una niñez marcada por la orfandad. La “pequeña María Constanza, nacida en 1808, la menor, más querida y regalona de la familia” viene al mundo en un espacio urbano que reúne características ideales para satisfacer los gustos de la nobleza peruana (p. 5): “Las tres veces Coronada Villa tiene un clima de eterna primavera... una garúa

¹⁰ Gustavo Opazo, según la contratapa del libro *Constanza Nordenflycht en la vida de Portales*, trabajó durante veintiocho años en el Archivo Nacional de Chile, fue considerado uno de los investigadores históricos más serios, dirigió la Sociedad Chilena de Historia y Geografía, y fue miembro del Instituto de Investigaciones Genealógicas y del Instituto de Conmemoraciones Históricas. Manuel G. Balbontín Moreno, “ágil escritor e investigador, autor de varias novelas históricas, se desempeñaba como director y secretario general del Instituto de Investigaciones Históricas José Miguel Carrera y director de la revista histórica *Patria vieja*” a la fecha de edición.

¹¹ Esta fecha de nacimiento no coincide con la que aparece registrada en el libro de bautismos de la parroquia de Santa Ana de Lima que consulta Torres: 23 de octubre de 1805.

fina, de vez en cuando humedece las flores y árboles de sus jardines... sus habitantes eran alegres, y por sus calles y plazas circulaban ...cale-sas ocupadas por mujeres hermosas” (p. 15). Los retablos, pinturas y tallados en madera que adornan las iglesias ricamente ataviadas en oro y plata, ilustran la riqueza y el poderío de sus habitantes. En este ambiente de opulencia y privilegio se forja el feliz hogar de la familia de Timoteo de Nordenflycht, Josefa Cortés de Azúa y sus cuatro hijos. En 1818, tras enviudar, doña Josefa Cortés de Azúa envía a su hija menor, María Constanza, a Chile, en compañía de su tía abuela, doña Rita de Azúa. En la nueva nación, afirman los autores, la pequeña de diez años se destaca por su hermosura y su alegría.¹² Subvirtiendo la identidad propuesta por la previa generación de historiadores, Opazo y Balbontín reconectan a Nordenflycht con sus raíces aristocráticas chilenas y una estricta formación católica de “largas oraciones, interminables novenas en la Catedral” (p. 28). En Santiago, llegan a conjeturar, “debió aprender los primeros conocimientos de lectura y escritura” y adquirir los rasgos de “una niña educada de carácter firme” que revela su letra (p. 28).¹³

Los detalles del encuentro entre Constanza de Nordenflycht y Diego Portales, según esta nueva versión, contradicen radicalmente la versión de Francisco Encina, exponiendo el peso ideológico en un discurso historiográfico que inevitablemente expone las concepciones de género de sus autores. Según Opazo y Balbontín, Portales no conoció a su consorte en Lima, sino en una de las visitas que hiciera, a fines de 1823, a la mansión santiaguina de doña Ana Josefa de Azúa y Marín de Poveda, Marquesa de la Cañada Hermosa, hogar donde residía la joven Nordenflycht.¹⁴ Él era un viudo de treinta y un años; ella era

12 “Sus rizos de oro, la agilidad de su cuerpecito, su voz fina y delicada, eran la única luz que brillaba en el frío caserón de anchos corredores y grandes patios perfumados... Su solo nombre atraía el cariño de los familiares y de los criados” (p. 27).

13 Cabe preguntarse en qué información se basan para afirmar esto, ya que no circulan documentos escritos por ella.

14 Según Opazo y Balbontín, en Agosto de 1823, doña María Rosa Cortés de Azúa decide reunirse con sus hermanas y viaja desde Lima a Valparaíso. A su arribo al puerto chileno, se encuentra con su viejo amigo, don Diego Portales, y le pide ayuda

una quinceañera que recién había perdido a su madre. Al contrario de Encina y Feliú, quienes presentan a Nordenflycht como una mujer dominada por una pasión incontrolable y a un Portales seducido desvergonzadamente, Opazo y Ballbontín proponen una subjetividad femenina signada por la pérdida y el abandono. En la vulnerabilidad del duelo, la joven e inexperta huérfana, experimenta un ansia de amor que la expone al abuso emocional. Debido a la falta de adecuada supervisión adulta, ya que todas las tías estaban consumidas por la tristeza, Nordenflycht se deja llevar por la atracción que le provoca el admirado y poderoso comerciante, y fácilmente cae en los brazos del confiable amigo de la familia. Aunque no existe registro sobre qué ocurrió realmente entre Portales y Nordenflycht durante sus encuentros, podemos aseverar que no se limitaron a la tertulia social. El 24 de septiembre de 1924, menos de un año después de conocerse, Constanza de Nordenflycht da a luz a la hija de ambos.

Si bien en este caso los historiadores incorporan al discurso historiográfico la asimetría relacional y la probable victimización de Nordenflycht en manos de una figura del talante de Portales, esta versión también es problemática. Tal como en los discursos previos, aquí tampoco tenemos acceso a la verdadera identidad de Constanza de Nordenflycht. Reducida a una posición de víctima, resulta imposible establecer la agencia femenina en la negociación de la relación amorosa. Al no disponer de un registro propio de los deseos, valores e ideas de Nordenflycht, su historia solo existe en la memoria ya ida de los familiares y demás personajes que fueron co-protagonistas de su vida. En el discurso hegemónico oficial, ella quedará irrevocablemente reducida a "una condición de Otro cuyo *ethos* ha sido mutilado por el silencio y el olvido," transformada en un ser "despojado de voces y monumentos propios, de figuras heroicas y artefactos memorables" (Guerra, p. 175).

El galardonado libro *El peso de la noche: nuestra frágil fortaleza histórica* (1997) de Alfredo Jocelyn-Holt, es uno de los más recientes esfuerzos revisionistas sobre el periodo portaliano.¹⁵ No obstante el de-

en la organización de sus asuntos financieros. Portales le promete que unos meses más tarde se pondría en contacto con ella en Santiago (p. 31).

15 Premio Consejo Nacional del Libro y la Lectura 1996 en la categoría ensayo

clarado pretexto del historiador es desentrañar la problematicidad de Portales y proponer una lectura contraria a discursos simplificadores de la complejidad del personaje, éste se apega a nociones añejas de los roles sexuales. A pesar de reconocer que la intersección entre las esferas pública y privada son cruciales para comprender más plenamente el perfil público de Portales, en asuntos de género sexual la propuesta de Jocelyn-Holt peca de estereotípica. En lo relativo a Constanza de Nordenflycht, su versión sufre las mismas faltas que acusa en su propia disciplina: "demuestra cuán incapaz ha sido la historiografía reciente de encarar el tema y proporcionar interpretaciones novedosas... Las explicaciones que se han formulado acerca de Portales, aun con toda su riqueza conceptual, se quedan cortas, eluden o no logran captar en plenitud el personaje" (pp. 127-9).

Al usar el eufemismo vida azarosa para referirse a la situación familiar del ministro y concebir sus relaciones íntimas como manifestaciones de "cierto hedonismo defensivo," el planteamiento de Jocelyn-Holt se convierte en cómplice de una cosmovisión que se niega a exponer la naturaleza abusiva del trato a la mujer, y persiste en proponer una lectura de la relación hombre/mujer desde la hegemonía del discurso patriarcal (p. 118). Quizás uno de los elementos más reveladores para los estudios de género sea el análisis semántico del repertorio lingüístico de la sección titulada "El perfil privado y psicológico" del capítulo "Portales: un romántico, escéptico del poder." No era la política la pasión del ministro, nos informa el historiador, sino "sus asuntos y negocios personales...sus caballos, divertirse en *chinganas* al son del arpa y la vihuela, conversar con amigos de correrías, en suma, dar rienda suelta a una sensualidad desbordante en círculos las más veces *populacheros* y *poco refinados*" (p. 112). A la luz de la historiografía del XIX, no hay nada novedoso en proponer que, además de los bufones, los caballos y las mujeres eran los objetos de entretención preferidos por Portales.¹⁶ Lo original son las expresiones que enfatizamos en cursiva y la siguiente afirmación de Jocelyn-Holt: "Su leyenda de «*chinero*» resulta creíble" (p. 117), ya que develan la complicada relación entre clase social,

inédito.

¹⁶ Ver *Don Diego Portales* de Benjamín Vicuña Mackenna.

género y raza que existe en Chile. Mientras *chingana*, *populacheros* y *poco refinados* son vocablos que signan la interacción entre el ministro y miembros de un grupo inferior, con el calificativo *chinero* el autor está enfatizando la diferencia social y étnica que existe entre Portales y sus amantes. La palabra *china*, del quechua “mujer joven,” fue usada por generaciones pasadas como insulto para referirse a las mujeres del servicio doméstico (Guzmán, p. 61). Como valoración peyorativa, marcaba la diferencia étnica entre una persona blanca y poderosa, y un subordinado que pertenecía a un grupo étnico diferente, un indio. Lo que asombra en el uso chileno del vocablo, según Jorge Guzmán, es que “quienes la usaban como insulto para sus subordinados sociales, ellos mismos, la usaban como epíteto de cariño para llamar a sus amadas,” fluctuando entre el punto de vista de un hombre blanco y el de un indio (p. 62). En este caso, Jocelyn-Holt no la usa para signar afecto. Desde una posición social y étnicamente privilegiada, usa *chinero*, en lugar del vocablo *mujeriego*, para especificar que el objeto del deseo erótico de Portales pertenecía a un grupo social y racialmente subordinado. Presupone, además, que la decencia sexual es un valor exclusivo de la mujer blanca, de clase alta. Aquella que no tiene reparos para iniciar relaciones eróticas fuera de la institución matrimonial, con hombres de una posición social elevada es, por excelencia, una mujer de clase baja y herencia india. La elección de una palabra que para finales del siglo veinte ya “ha desaparecido del habla de las generaciones menos añosas” demuestra lo contrario de lo que anticipa Guzmán: la sociedad chilena, en este caso la historiografía chilena, aún no ha dejado atrás las condiciones sociales que posibilitaban el uso de la palabra *china* (p. 62).

La lectura de Nordenflycht que propone Alfredo Jocelyn-Holt abunda en estereotipos genéricos y étnicos similares a los que proyectara Encina: “Con todo, mantuvo una larga y tormentosa relación con una aristócrata *peruano-polaca*, Constanza de Nordenflycht y Cortés y Azúa, quien se enamoró perdidamente de él a los catorce o quince años, *lo siguió* hasta Chile, *le dio* tres hijos—legitimados póstumamente por decreto de gobierno” (Jocelyn-Holt, p. 117).¹⁷ El registro de su genea-

17 El nombre correcto es Constanza de Nordenflycht Cortés. Azúa es el

logía, la edad y el espacio geográfico del encuentro de los amantes son, a la luz de los documentos discutidos antes, también engañosos. Al omitir el importante dato sobre la nacionalidad de la madre en pos de una identidad nacional exclusivamente polaco-peruana, y sugerir que Nordenflycht siguió a Portales desde el Perú a Chile, Jocelyn-Holt insiste a favor de la ley del suelo. No obstante, Jocelyn-Holt concede a Nordenflycht un estatus social y racial simétrico al del ministro; le niega, una vez más, el reconocimiento nacional que legalmente le corresponde debido a sus raíces sanguíneas con una ciudadana chilena. Borrar esta rama del linaje de Nordenflycht y enfatizar, en su lugar, su extranjería, son nuevos ejemplos de la resistencia de la historiografía chilena a aceptar la identidad multicultural de la compañera de Portales.¹⁸ Es decir, al acentuar la diferencia femenina, Jocelyn-Holt le estampa el sello de la no-pertenencia y la ubica, “a la luz del vértigo por la homogeneidad de nuestra cultura,” en el otro lado del territorio fronterizo chileno (Santa Cruz, p. 26). Remeda, asimismo, el sentimiento nacionalista que expresa Portales quien, durante sus preparativos para regresar a Chile, confiesa a su socio: “me cargué con un hijo a quien pienso reconocer... Lo que siento es que sea peruano” (I, p. 160), distanciándose así de una nación y una especificidad étnica que desdeña.

En virtud de la conclusión de Jocelyn-Holt en cuanto a que “la personalidad de Portales entraña un individualismo indomable, que busca su propio desenvolvimiento subjetivo en constante rebeldía ante toda norma,” su caracterización de Nordenflycht nos parece poco convincente (p. 139). Resulta difícil aceptar que una adolescente, realmente pudiera *seguir* a Portales a Chile, seducirlo, *darle* tres hijos y arreglárselas para mantener con él una tormentosa relación por más de doce años.

Dejando de lado implicaciones religiosas y morales, el hecho de que Portales se haya negado a casarse con Nordenflycht es relevante a la historia sociopolítica chilena ya que ilustra el choque hipócrita en-

apellido materno de Josefa Cortés, su madre.

18 De acuerdo al sistema legal de la época, Constanza de Nordenflycht Cortés era también ciudadana española, ya que su madre era española por nacimiento (Torres, p. 78).

tre los discursos público y privado del Chile decimonónico. Según la antropóloga Sonia Montecino, durante la época republicana, las clases altas se “ciñen discursivamente al modelo familiar cristiano-occidental, monógamo y fundado por la ley del padre” (p. 55). Las uniones ilegítimas, el concubinato y las madres solteras son percibidos como productos de la añeja sociedad colonial, y la dilación en el acceso de las clases altas a la civilización que tanto ansían es atribuido al peso que las tradiciones indígenas aún ejercen en el estilo de vida de los mestizos (Montecino, p. 55). Sin embargo, tal como constatamos en el caso de Portales, las prácticas encubiertas no correspondían a sus prácticas discursivas. Hijos ilegítimos e hijos abandonados eran comunes en todos los sectores de la sociedad en tiempos de la formación de la república, pero su existencia era escondida bajo la simulación de vivir bajo un orden civilizado, protegido por el culto chileno a las apariencias. La fiestas y prácticas populares que permitían el libre discurso de la sexualidad, eran reprimidas, y las costumbres coloniales, como el concubinato y el amancebamiento, duramente condenadas. Si bien éstas continuaban desarrollándose en todos los segmentos sociales, eran “imputadas fuertemente a los sectores populares y campesinos” (Montecino, p. 56).

Nos parece significativo, desde las preocupaciones de género, el manifiesto desinterés de los historiadores por elaborar sobre el notorio desprecio de Diego Portales al matrimonio y las posibles repercusiones legales, económicas y morales de su amancebamiento, tanto en Constanza de Nordenflycht como en sus tres hijos, en una época considerada como periodo transformador para el modelo de familia normal. La familia que forman Portales y Nordenflycht se constituye sobre la experiencia del abandono. La conducta del *pater* es, cuanto menos, errática, y su figura ausente en el interior de la familia, operará como penoso recordatorio de su rechazo conyugal y paternal. La figura de Constanza de Nordenflycht, madre soltera, abandonada y defraudada por promesas de matrimonio incumplidas, nos remonta a la imagen de la conquista como “una empresa de hombres solos que violenta o amorosamente, gozaron del cuerpo de la mujeres” y engendraron con ellas vástagos que luego abandonaron (Montecino, p. 48). Hijos e hijas

huachos—del quechua *Huachuy*, cometer adulterio—cuya identidad ilegítima se transformaría en una “marca” definitiva del sujeto en el orden social chileno (Montecino, p. 53). El Estado, en un gesto piadoso, asumirá el rol del *pater* ya ido, y tratará de borrar la especificidad social asociada a su condición, mediante un decreto de legitimación póstumo de los tres hijos del ministro Diego Portales y Constanza de Nordenflycht. Los historiadores, por su parte, optarán por no someter al escrutinio público este capítulo de la vida privada del ministro, prefiriendo borrar ciertas fisuras del retrato historiográfico del héroe nacional.

Obras citadas

- Burns, Bradford. “Ideology in Nineteenth-Century Latin American Historiography.” *Hispanic American Historical Review* 58.3 (1978), pp. 409-31.
- Encina, Francisco A. “Portales. Bosquejo psicológico.” *Epistolario de don Diego Portales. 1821-1837*. Eds. Ernesto de la Cruz y Guillermo Feliz Cruz. Tomo I. Santiago: Ministerio de Educación, 1937-1938.
- Feliú Cruz, Guillermo y Ernesto de la Cruz, eds. *Epistolario de don Diego Portales. 1821-1837*. De Diego Portales. 3 tomos. Santiago: Ministerio de Educación, 1937-1938.
- Grau, Olga, Riet Deslsing, Eugenia Brito y Alejandra Fariás. *Discurso, Género y Poder. Discursos públicos: Chile 1978-1993*. Santiago: Lom-Arcis, 1997.
- Guzmán, Jorge. “La categoría blanco/no blanco.” *Debate feminista* 5.3 (1992), pp. 60-7.
- Guerra, Lucía. *La mujer fragmentada: Historias de un signo*. Santiago: Cuarto Propio, 1995.
- Jocelyn-Holt, Alfredo. *‘El peso de la noche’: Nuestra frágil fortaleza histórica*. Buenos Aires: Ariel, 1997.
- Kristeva, Julia. *Strangers to Ourselves*. Trans. Leon S. Roudiez. New York: U Columbia P., 1991.
- Montecino, Sonia. *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. 2004. Santiago: Catalonia, 2007.
- Opazo Maturana, Gustavo, y Manuel G. Balbontín. *Constanza Nordenflycht en la vida de Diego Portales*. Santiago: Orbe, 1964.
- Portales, Diego. *Epistolario Diego Portales. 1821-1837*. Ed. Carmen Fariña. 2 tomos. Santiago: U Diego Portales, 2007.
- Sagredo, Rafael y Cristián Gazmuri. “Presentación de la obra.” *Historia de la vida privada en Chile. Tomo 1: El Chile Tradicional. De la conquista a 1840*. Santiago: Taurus, 2005.

pp. 5-9.

Santa Cruz, Guadalupe. "Presentación a la primera edición." *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. 2004. Santiago: Catalonia, 2007, pp. 25-27

Serrano, Sol. "La intimidad de los héroes." *Revista del Sábado. El Mercurio* 17 Noviembre 2007. <<http://diario.elmercurio.cl>>

Torres Marín, Manuel. *Los de Nordenflycht. Ensayo de genealogía descriptiva*. Santiago: Andrés Bello, 1986.

Vicuña Mackenna, Benjamín. *Don Diego Portales*. 1863. Santiago: Ed. del Pacífico, 1974.